

Marco Aguilar, visto por un amigo poeta

Recibido: 16 de julio, 2024
Aceptado: 14 de agosto, 2024
Por: Carlos Salvatierra Cambroneró¹

Resumen

De los poetas turrialbeños contemporáneos, Carlos Salvatierra fue posiblemente quien trató más de cerca a su colega Marco Aguilar. En tal sentido, este artículo aporta una visión íntima y veraz de la personalidad y las inquietudes existenciales, cívicas y poéticas de Aguilar, que se extendieron en un amplio espectro, desde su amor por el prójimo de su vecindario, hasta su compromiso ético con la conservación de la naturaleza.

Marco Aguilar, Through the Eyes of a Poet Friend

Abstract

Among the contemporary poets of Turrialba, Carlos Salvatierra might have been the one who most closely treated his colleague, Marco Aguilar. Therefore, this article provides an intimate and genuine vision of the personality and the existential, civic and poetic concerns of Aguilar, which extended over a wide spectrum, from his love for his fellow man in his neighborhood, to his ethical commitment to the preservation of nature.

Carlos Salvatierra Cambroneró. Marco Aguilar, visto por un amigo poeta. *Revista Comunicación*. Año 45, volumen 33, número 2, junio-diciembre, 2024. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

PALABRAS CLAVE:

poesía costarricense, poesía turrialbeña, testimonio, ética, Marco Aguilar.

KEY WORDS:

Costa Rican poetry, Turrialban poetry, testimony, ethics, Marco Aguilar.

¹ Cursó estudios en la Universidad Nacional (UNA) y la Universidad Florencio del Castillo (UCA), donde obtuvo una maestría en Administración Educativa. Es poeta y promotor cultural, miembro y presidente de la Comunidad de Autores Literarios y Editores de Turrialba (COALET), así como coordinador del Festival Internacional de Poesía de Costa Rica. Como miembro del Taller Marco Aguilar, da talleres a jóvenes de colegios locales. Contacto: csalva2008@gmail.com

Marco Aguilar fue un hombre honesto, tranquilo y humilde. Desde muy temprana edad mostró interés por las letras y, junto con sus amigos y compañeros de colegio, Jorge Debravo y Laureano Albán, fundaron el Círculo de Poetas Turrialbeños, que sería el embrión del Círculo de Poetas Costarricenses.

Hombre apacible y silencioso, supo cultivar y cosechar su poesía de manera sencilla y directa, en la que se percibe su intención de bendecir el quehacer cotidiano. Por eso, esta describe la cotidianidad de su vecindario, las mañanas de domingo, la misa y las faenas de Juan el jornalero. En realidad, en toda la gama de estilos que practicó, desde su poesía libre hasta sus elaborados sonetos, emergen sentimientos que versan desde su amor por el vecino inmediato hasta su amplio compromiso con el entorno, al denunciar el atropello a la naturaleza.

Como permaneció en nuestra amada Turrialba, nos veíamos con frecuencia. Casi siempre nos encontramos en la concurrida soda de Lorena –en la antigua estación ferroviaria, hoy remodelada y convertida en un restaurante–museo–, para conversar sobre nuestros planes y proyectos poéticos, o quizás tan solo para dejar que el aromático café nos hiciera volar en su vapor.

Por ahí también caminábamos, conversando acerca de cuestiones que no miraba con ojos felices, sino lastimados por alguna actividad que se estuviera realizando por donde transitábamos, como cuando se escuchaba el desbocado y ensordecedor ruido de las motosierras talando parte de la historia de nuestro pueblo. Por ejemplo, oír y ver desplomarse los árboles de almendro, así como percatarse de la irremediable ausencia del pito y el paso del tren, lo indujo a escribir el poema *Profecía de los trenes y los almendros muertos*, que daría título al último poemario que publicó.

Supo que la sencillez era la mejor forma de llegar al oído o a los ojos de quienes gustan de la poesía. Por ello, evitaba adornar sus poemas con exceso de figuras literarias. Creía en la palabra directa, original, franca y abierta.

Asimismo, riguroso y exigente consigo mismo, Marco nunca estuvo totalmente satisfecho con lo que escribía. Siempre andaba buscando la perfección de sus obras; quizá eso explica que su producción en libros fuera escasa, aunque lo que logró publicar representa una cosecha de muy alta calidad poética.

A él no le gustaba alardear con su obra, y decía que al lector le correspondía hacer la crítica. Al respec-



Carlos Salvatierra y Marco. Foto: Roberto Barahona.

to, al referirse a sus poemas, en una ocasión expresó que “una vez que uno los escribe, ellos sabrán si tienen calidad, estatura para defenderse y prevalecer, o si van para el basurero”.

Él era cauto y reservado con su obra poética, y por varias décadas la guardó en un rincón de su intimidad, ya fuera en su taller o debajo de la almohada –cómplices de su desvelo–, pues no le gustaba mostrarla. Esto se debía a lo humilde y quizás perfeccionista que era, y también porque había sufrido los embates del plagio. Esto permite entender que mostrara cierta reticencia a leer poemas inéditos en público, ya que le habían plagiado algunos y hasta con su *Obra reunida* sufrió una ingratitud de parte de un colega, quien decía ser su amigo.

En realidad, la maduración de su poesía fue un proceso lento, pero con paso firme, casi invisible.

Tan escondida tenía su obra que, desde la aparición de *Raigambres* (1961) y *Cantos para la semana* (1963), debió transcurrir nada menos que un cuarto de siglo para que Marco publicara de nuevo un libro, que fue *Emboscada del tiempo* (1988), el cual fue sucedido, tras otro prolongado lapso, por *El tránsito*

del sol (1996). Esto ocurrió porque un día, sin aviso previo, apareció por Turrialba el escritor y gestor cultural Francisco (Chico) Zúñiga Díaz, y lo persuadió para que publicara sus poemas con la pequeña pero productiva editorial Ediciones Zúñiga y Cabal, propiedad suya y del escritor español Antidio Cabal González.

La obra de Marco fue valorada por algunos críticos como una notable propuesta literaria y la más consecuente de la poesía contemporánea costarricense. Al respecto, su libro *El tránsito del sol* fue calificado de excelente por críticos del calibre de Isaac Felipe Azofofeifa y Alberto Cañas Escalante. El mismo Jorge Debravo, su compañero y amigo, lo consideró un gran poeta de precoz madurez, al expresar que la poesía de Marco pronto alcanzaría la altura necesaria que su obra poética buscaba.

Debo manifestar que la poesía de Marco gustaba mucho, por depurada y de buen oficio. Cada vez que nos reuníamos en alguna actividad cultural y leía su poesía, lo escuchaban con atención y gusto, pues el auditorio esperaba escuchar poemas nuevos, bastante comprometidos por su raigambre de pueblo.



Concurrencia parcial en uno de sus recitales. A su lado, los poetas Carlos Salvatierra y Carlos Enrique Rivera. Foto: Roberto Barahona.

A lo largo de más de 60 años de escribir, en los cinco libros que Marco publicó –en los cuales predominó el verso libre, más *El tránsito del sol*, de sonetos, exclusivamente–, así como en un indeterminado número de poemas inéditos que conserva su familia, los futuros estudiosos de su obra podrán atestiguar una notoria diversidad y evolución en las temáticas abordadas, así como en la maduración de su pensamiento y estilo poético. No obstante, en ese crecimiento y evolución, gustó de enarbolar su verso con libertad expresiva, sin perder el ritmo, la musicalidad interior y el propósito en cada uno de sus poemas. Al respecto, si hurgamos en sus libros, desde *Raigambres* hasta *Profecía de los trenes y los almendros*

muertos, es perceptible la fuerza con la que impregnó toda su obra.

Marco siempre utilizó el hilo de su raigambre para tejer el lienzo del oficio de la palabra, por cierto, muy precisa y honesta. Con la palabra caminaba por senderos cotidianos. Fueron inseparables, y siempre la llevaba a todas partes.

No hablaba de su obra en proceso. Esperaba que su raigambre se iluminara con la luz del tránsito del sol. Su temor siempre fue que el tiempo lo emboscara. Por eso, se montó precisamente el día de su natalicio en el último vagón del tren y se marchó hacia la eternidad, acompañando a sus queridos almendros.